

LXXVIII

LEÓN GAMBETTA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA MANIFESTACIÓN DE DUELO
CELEBRADA POR LOS RESIDENTES FRANCESES
EN BUENOS AIRES

Enero 28 de 1883.

Mesdames et messieurs :

Je n'étais pas inscrit pour la parole, mais appelé par la bienveillance de votre comité à la prendre, dans ce moment, au nom de mes compatriotes, je dois le faire dans la langue que le général Lafayette parla aux volontaires français qui, sous le grand commandement de Washington, combattirent pour l'indépendance et la liberté du Nouveau Monde : c'est la langue dans laquelle nos pères, dans l'aurore de notre révolution, ont épelé, dans la Déclaration des Droits de l'Homme, les paroles qui ont fait le tour du monde : « République, Egalité, Liberté, Fraternité ».

C'est pour cela, messieurs, que nous honorons aux bords de la Plata, le grand citoyen dont la France porte le deuil, car nous sommes des frères par la communauté des idées et la solidarité des principes : vous honorez votre mère, dans son illustre fils perdu ; nous honorons en lui notre nourrice par la pensée.

Vous le savez, tout le monde le sait, Léon Gambetta a été le précurseur avancé de la république nouvelle, qu'il a prophétisée quand la république était moins qu'une espérance, un rêve des âmes généreuses. Voilà son premier titre à l'immortalité et à notre sympathie. C'est lui qui, en face

de l'Empire despotique tout puissant, lui a dit : Vous n'êtes qu'un pont entre la république de 1848 et la république à venir—et nous passerons le pont.—Et la France a passé le pont avec le drapeau républicain déployé, et elle est en marche pour ses grandes destinées dans les temps.

Nous honorons aussi en lui un vaillant défenseur des libertés humaines. C'est lui qui sans autres armes que l'éclat et la flamme de sa mâle parole s'est mesuré avec le despotisme napoléonien et l'a vaincu, et l'a flétri par devant la justice de son pays. On l'a dit, et c'est un fait historique : c'est lui qui dans son début oratoire a sonné le glas du Second Empire. Son plaidoyer du « Réveil » a été le coup de tonnerre de la parole libre qui éveilla la France en fustigeant le coup d'Etat du 2 Décembre par devant l'opinion de ses concitoyens et par devant la conscience du monde.

Mais son grand moment historique, c'est quand, à l'heure suprême de l'épreuve, dans le malheur de la patrie, il s'est mis courageusement à la tête de la Défense Nationale.

Quand Gambetta, dans l'enceinte de Paris assiégé s'élança dans la région des airs, il emportait dans son ballon plein d'espérances, à la merci des vents, la fortune de la France et son honneur. La fortune l'a trahi ; mais il sauva au moins l'honneur.

Quand il descendit à Tours et donna le signal héroïque de la résistance nationale ; quand, aux bords de la Seine, de la Loire, de la Meuse et dans les Vosges, la fortune outragea la vaillance des armées levées par le patriotisme, qui sont tombées en combattant, il a pu dire encore à son pays, avec son poète populaire, en relevant de la poussière son drapeau en lambeaux :

France !

Soulève ton front cicatrisé ;
Sans qu'à tes yeux leur gloire en soit flétrie ;
De tes enfants l'étendard s'est brisé,
Quand la fortune outrageait leur vaillance,
Quand de tes mains tombait ton sceptre d'or.
Tes ennemis disaient encore :
Honneur aux enfants de la France !

Ce grand moment le fera vivre toujours dans la postérité.

Mesdames et messieurs: Je dois m'arrêter ici: je ne voulais que dire quelques mots pour répondre à votre appel. L'éloge de la conduite politique de l'homme d'Etat et de la tâche civique du patriote dans les derniers jours, ainsi que de la portée de son rôle contemporain et posthume, vient d'être fait à cette tribune avec autant de vérité que d'éloquence. C'est pour cela que j'ajouterai seulement, croyant être l'interprète de mes compatriotes à l'égard de la France et de ses enfants: ¡Honneur au digne enfant de la France, Léon Gambetta. «Leo nominator!».

LXXIX

BIENVENIDA Y POLITICA

DISCURSO CON MOTIVO DE LA RECEPCIÓN QUE EL PUEBLO
HIZO AL GENERAL BARTOLOMÉ MITRE EL 13 DE
JUNIO DE 1883

Señores:—En presencia de esta grandiosa manifestación popular, y después de escuchar las nobles palabras pronunciadas por el que tan dignamente ha sabido arreglar á ellas sus acciones, yo me pregunto: ¿cuál es el significado que debo darle en honor de todos? ¿cuál es la significación que todos y cada uno le dan, vibrando colectivamente á unísono, las almas estremecidas por un sentimiento generoso?

Pienso que es la bienvenida que los hermanos dan con benevolencia al hijo que vuelve al seno amoroso de la madre patria, que nos une en la recíproca simpatía. Pienso que puede ser también un homenaje tributado á nuestras luchas y trabajos solidarios en lo pasado, en pro de los principios que constituyen el credo inmortal de la familia argentina, así como el de toda la familia humana en todas las latitudes del globo y en todas las lenguas que son el vehículo de la inteligencia y de la conciencia colectiva.

Agradezco profundamente la bienvenida, y acepto conscientemente la solidaridad.

Pero, señores, todo tiene que animarse al soplo de la vida que le rodea, y no es posible que una inmensa agrupación humana profundamente conmovida, se mueva impulsada solamente por la benevolencia ó por la simpatía, y creo interpretar vuestro sentimiento colectivo cuando digo que la vida activa del presente bulle como la savia fecun-

dante en nuestras filas compactas, y que la vida que se prolonga en lo futuro ilumina como una aurora vuestras conciencias.

No, no es posible que esta oleada humana en la corriente de la vida de un pueblo libre y viril, no arrastre una idea que sobrenada, un principio vital destinado á prolongarse en los tiempos.

Por eso pienso, interpretando el sentimiento de todos y cada uno, que una idea política—tomando esta palabra en su más alta y genérica acepción—es la que la ha congregado, es la que anima y hace latir los corazones con pulsaciones que repercuten la vida nacional y es la masa orgánica que constituye la sociabilidad argentina en los múltiples y ricos elementos que la componen.

No, no es posible que pueblos y gobiernos, que ciudadanos y extranjeros incorporados á nuestro organismo, permanezcan indiferentes á lo que constituye el alma de las cosas, á lo que dé nervio á las naciones y es el ideal de los hombres libres.

Las sociedades de civilización progresiva, que trazan en el surco del trabajo los rumbos de los grandes destinos, que son el premio de la labor consciente y valerosa, deben tener y tienen el instinto de su responsabilidad.

Pienso, pues, que es una idea política de significación patriótica á la par que humana, la que os reúne y os une: la idea de libertad, que es la corona de los pueblos soberanos, y la coronación del edificio que van erigiendo las generaciones que se suceden en la no interrumpida labor del progreso continuo.

Por lo tanto, hago más las valientes palabras que acaban de pronunciarse, al proclamar bien alto en nombre de los ciudadanos argentinos y de todos los hombres libres de todas las razas viriles de la tierra que con ella viven en santa fraternidad, bajo el amparo de las leyes democráticas y hospitalarias, y compartirán nuestra buena ó mala suerte.

Señores: La libertad es el alma del mundo, es la vida de los pueblos, es la dignificación de los individuos cons-

tituidos en sociedad, y es por eso que debemos mantener activa y viva la tarea y la lucha cívica, hasta coronar con luces inextinguibles la soberanía argentina así constituida, que obedece á sus leyes políticas de desarrollo lógico.

No es, como dice el Evangelio, que la guerra es la vida del hombre, ni son sus días como los del combatiente sobre la tierra. Policiaca es la vida de las sociedades democráticas, porque político es el propio gobierno, y sus días son como los del jornalero que derrama la semilla á lo largo del surco del trabajo que riega con su sudor, y con su sangre también cuando es llamado al sacrificio.

He recorrido, señores, el más glorioso itinerario histórico que hayan recorrido jamás los redentores de un mundo y los precursores del más grande movimiento revolucionario de los tiempos modernos. En todas partes, al través de las pampas y montañas, de mares y de valles, en los campos de batalla de la Independencia sudamericana, he leído, escrita con letras resplandecientes de luz, esta sublime lección: que nuestros padres fueron grandes al emancipar un mundo de la esclavitud, porque pelearon en nombre de todos, triunfaron en nombre de todos, y porque su vida fué fecunda, y su recuerdo constituye un principio de vida presente y futura.

Los hijos de nuestros antepasados, que fueron nuestros padres y nuestros precursores en la organización de la república democrática, escribieron bajo los auspicios de aquella inmortal victoria humana, las instituciones libres que constituyen nuestra rica herencia, forman nuestro credo, cuya verdad es nuestro ideal y nuestra soberana aspiración, porque el derecho de gobernarnos es nuestra propiedad legítima, y sólo á condición de respetarla y tener su sanción son legítimos los gobiernos que rijan sus destinos en nombre de la comunidad.

Dar vigor á las instituciones libres y hacer surgir de su seno la vida libre que dignifica á los hombres y engrandece á los pueblos, eso es política en la más noble y alta acepción de la palabra, que condensa las más legítimas aspiraciones, las más imperiosas necesidades de toda agrupación

humana que se anima al soplo creador de las ideas fecundantes y de los sentimientos generosos.

Señores: Hubo un momento solemne en nuestra historia contemporánea, en que el pueblo argentino, con demostraciones populares como las de hoy, me confió juntamente con su bandera, el honor de sus armas y la vida de sus hijos. Dije entonces: que á tan espontánea manifestación, que imponía tan seria responsabilidad, sólo podía responderse de dos modos: ó muriendo ó triunfando. Ahora digo, en presencia de la grandiosa manifestación popular de este día, que sólo puedo responder dignamente á ella de dos modos: con mi profunda y eterna gratitud, y con mi consagración por el resto de mis días á las nobles y legítimas aspiraciones de la sociabilidad argentina, que pide y necesita, más justicia y más libertad.

LXXX

LOS PUBLICISTAS ARGENTINOS

DISCURSO CONTESTANDO

Á LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
Y ALUMNOS DEL COLEGIO NACIONAL EN EL ACTO
DE SU DEMOSTRACIÓN AL CUMPLIR
62 AÑOS DE EDAD

Junio, 26 de 1883.

Señores:—Esta manifestación, doblemente honrosa, para mí que la recibo y para vosotros que la ofrecéis, no á un hombre, sino á la época memorable en que le ha tocado vivir sesenta años cumplidos de nuestra agitada historia, trae á mí en alas de los vientos de todos los tiempos, grandes recuerdos de lo pasado, que se ligan por la gravitación de las ideas y los sentimientos recíprocos, á las aspiraciones de lo presente que ascienden hacia la región luminosa del ideal juntamente con las esperanzas de lo futuro que se proyectan en el porvenir.

Hace cerca de medio siglo, señores, que asisto como actor al drama animado de la revolución y de la regeneración argentina, y en el transcurso de dos generaciones, á las que he acompañado en su lucha y en su tarea diaria, he visto renovarse las fuerzas intelectuales y morales que le han comunicado su movimiento vital, de que vosotros sois en la actualidad la palpitación sana y juvenil, generadora de una nueva vida robusta y fecunda.

De todas las escenas de este largo lapso de lucha y de trabajo, ésta que en este momento presencio, es la que

más dulcemente ha conmovido mi alma, porque pienso asistir á ella á la sombra de los años, al juicio póstumo con que mi posteridad, representada por vosotros más tarde, pronunciará el benévolo fallo, cuando mis labios por siempre mudos no puedan expresaros el profundo agradecimiento y la calurosa simpatía con que saludo la aurora de la juventud estudiosa, que hoy se levanta animosa, convirtiéndose en fuerzas vivas y activas sus sentimientos generosos, y sus ideas en alas para volar hacia lo futuro.

Durante la laboriosa gestación de la revolución norteamericana, que nosotros hemos tomado por modelo, Franklin, uno de los venerables padres de aquella democracia nueva que hacía su aparición en el mundo del experimento y del pensamiento, contemplaba con ansiedad un cuadro que representaba un sol fulgurante en la línea del horizonte, sin poder discernir si aquello era una aurora ó un ocaso. Pero cuando vió cumplidos sus votos por otros más jóvenes que él, cuyas ideas ascendían al horizonte, exclamó regocijado: ¡Esta es una aurora!

Y yo digo también al resplandor de estas antorchas, símbolos del fuego que arde en vuestros corazones y de las luces que asoman sobre vuestras cabezas ascendiendo como la llama celeste de la inmortalidad de las ideas: Esta es una aurora, que iluminará los horizontes lejanos.

Venís, mis jóvenes amigos, á saludar un ocaso, y yo á mi vez saludo en vosotros esa aurora, que difundirá sus luces bajo los auspicios de la libertad, que es vuestro número; de la justicia, que es vuestra conciencia; del derecho que es vuestra ciencia; de la ley necesaria y armónica del progreso intelectual y moral, que marcará vuestros rumbos en el tiempo y el espacio.

Por eso, señores, recuerdo con tal motivo y en esta ocasión, á los grandes publicistas argentinos de lo pasado, que son un ejemplo y una lección, ya que es en el carácter de publicista que habéis tenido á bien recordar el día en que piso los últimos años de la vida, perseverando en la tarea como un jornalero.

El publicista, jóvenes estudiantes, es un producto ge-

nuino de las democracias, que se desarrolla únicamente en la escuela de las sociedades libres. No es una idea abstracta ni una acción inconsciente, siendo, empero, idea y acción á la vez.

El publicista en las democracias, vive y obra en su tiempo y con sus contemporáneos; acompaña en su carrera los acontecimientos, marcando su ritmo; se lanza en la corriente de la opinión para dirigirla, y combate en primera fila contra sus adversarios sin más armas que su palabra escrita ó hablada, levantando en alto su pluma como un pendón del cual se agrupan las ideas que animan las pasiones. Es así como los publicistas forman la conciencia de los pueblos, difunden los grandes principios de buen gobierno, se sacrifican por ellos cuando es necesario y mantienen en todo tiempo su tradición rejuvenecida y su comentario eterno.

A esta raza inteligente y viril de la propagación de la idea contemporánea que se proyecta en la línea trascendental, pertenecen los grandes publicistas argentinos Mariano Moreno, Monteagudo, Rivadavia, Rivera Indarte, Florencio Varela y Valentín Alsina, para no nombrar sino á los muertos ilustres, que viven con sus ideas en el libro de la historia y en la memoria de sus descendientes.

Moreno es el primer publicista en el orden genealógico que condensó el espíritu de la Revolución de Mayo, y creó á la vez su tribuna y su doctrina que aun vive en nosotros como un fuego sagrado que nunca se apaga en el altar patrio.

Monteagudo es el continuador del publicista de Mayo, que irradia sus principios por todo el continente americano, iluminando con sus reflejos las coronas libertadoras de San Martín y de Bolívar, á los que acompaña en su cruzada de emancipación continental.

Rivadavia es el publicista gobernando, que hace prácticos y buenos sus principios en el gobierno, legando á su posteridad un credo, una doctrina y un programa republicano representativo.

Rivera Indarte es el publicista que da su temple á las

espadas libertadoras de Lavalle, de Paz, de Lamadrid, combatiendo con la palabra la tiranía, y cayendo en el combate armado de su acerada pluma, como otros cayeron con sus espadas.

Florencio Varela es el gran publicista, mártir de la prensa, que tiene un grande é histórico significado, porque joven por su edad y por su valentía, y anciano por la prudencia que lo acercaba á los ancianos, selló con su sangre generosa la unión de dos generaciones, divididas hasta entonces por ideas teóricas; que en definitiva se han resumido en la noción de los gobiernos de ley y de los gobiernos de fuerza que pretenden desconocer la ley.

Valentín Alsina, por su severa probidad y por su escuela tradicional, es el renovador de las instituciones de Rivadavia, que rejuvenece con su comentario adaptado á las necesidades de una época de renacimiento.

En pos de estos obreros del progreso político, de estos valerosos combatientes de la palabra armada de la pluma del publicista, de estos pensadores en acción que grabaron sus ideas en los acontecimientos contemporáneos, vino la juventud que se mecía inconsciente en la cuna á la caída de la bárbara tiranía de Rosas, que cerró las escuelas y proscribió á los publicistas, esa juventud de que sois vosotros el último eslabón hasta el presente.

Los que encontré entonces niños, me acompañaron después con el fusil al hombro en los campos de batalla á pelear y morir por esos grandes principios que nos legaron nuestros antepasados é ilustraron los publicistas de la libertad.

Los que saludé no ha mucho en las bancas de la escuela primaria, deletreando la cartilla de los derechos del hombre, son hoy hombres ilustrados con la conciencia de sus derechos y de sus deberes cívicos, que se asocian á estos grandes recuerdos, á estas aspiraciones legítimas del presente, á estas santas esperanzas del futuro, con las almas estremecidas por ese gran viento de la voluntad humana, que sopla siempre en la dirección de los grandes destinos individuales ó colectivos.

Tal es la ley de la vida en la sucesión de los acontecimientos lógicos y necesarios y en la renovación de las fuerzas intelectuales y morales, que constituyen la herencia de los pueblos libres.

Esta ley, recuerda la imagen del poeta antiguo que habéis estudiado en las aulas, del que cantó las armonías de la razón y de la naturaleza: «De Rerum Natura». Los nombres de su rápida carrera se pasan de mano en mano la inmortal antorcha del amor, que circula á lo largo de la cadena de la vida, sin apagarse jamás.

¡Que esa antorcha simbólica arda siempre en vuestras manos, y que brille en las manos de los hijos de vuestros hijos sin extinguirse jamás, como los astros en el cielo y las ideas inmortales en la tierra!

LXXXI

SÍNTESIS POLÍTICO-SOCIAL

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA CONFERENCIA POLÍTICO-SOCIAL DE LA ASOCIACIÓN
DE SOCORROS MUTUOS «LA ARGENTINA»

Junio 27 de 1883.

Señoras y señores:—Llamado á poner título al libro, cuyas páginas sueltas acaban de ser lanzadas al viento en alas de la palabra, en medio de aplausos que forman parte de su texto, y lo acentúan, debo hacerlo en términos concisos y comprensivos, de manera que condense el pensamiento y el sentimiento que vibran armónicamente en la mente y el corazón de todos y cada uno de los presentes, para señalar su espíritu, sus tendencias, sus propósitos, y sobre todo, su significado moral, que es lo que, así en el orden político como social, da su valor y alcance á las nobles expansiones del alma humana.

De todos los temas que han sido desarrollados en esta conferencia político-social, cualquiera que haya sido el colorido de las palabras y acento apasionado con que hayan sido pronunciadas, se desprende un anhelo de libertad y justicia para todos, un perfume en el sentido del bien pro-comunal, un calor de simpatía recíproca, que puede resumirse en una palabra que los condensa: *Fraternidad*.

En efecto, señoras y señores, la virtud cívica, que es el amor abnegado del bien público, en acción; la opinión, que es su alma; la glorificación de un héroe libertador, que es su más sublime expresión; el derecho de asociación,

que es la manifestación práctica y pacífica de la unión de las voluntades; la protección del hogar, que lo fecunda en la cuna y lo cultiva en el curso de la existencia; la influencia benéfica de la mujer, que es el complemento del dualismo social, son temas de amor recíproco, de fraternidad solidaria, que dan su nota tónica, su significado fundamental á esta conferencia, y le imprimen un sello inalterable.

Es, pues, una velada de familia, como con mucha propiedad se ha dicho por uno de los oradores, una agrupación de voluntades espontáneas que gravitan en el sentido del amor mutuo y del bien común, que condensa y concreta propósitos y sentimientos dispersos, buscando una fórmula típica en que se contengan los elementos necesarios de la sociabilidad humana en una democracia, según los dictados de la caridad evangélica fielmente interpretados.

Y para que nada falte á dar su carácter familiar á esta reunión, son las madres, las esposas, las hijas, las hermanas, las que forman el ornamento del auditorio, festeñándolo como una guirnalda de flores pendiente del árbol de la vida.

Y es bajo tales auspicios y en este medio propicio, que hace su aparición en el escenario social, la asociación que lleva por emblema el nombre de «La Argentina», realizando un propósito de fraternidad también, que responde, á la vez que á una aspiración generosa á una necesidad por todos sentida.

Esta asociación, que hoy se presenta organizada y con vida propia á la sociedad de Buenos Aires, reposa á la vez que sobre principios morales, sobre las leyes naturales que tienden á la mejora de la condición del hombre en el sentido físico y moral. Ella es un nuevo principio vital que se inocular en el organismo nacional, dotándolo de un nuevo órgano y de un nuevo resorte de energía. Esta asociación es salud y remedio á la vez, que tiene por medios de acción el trabajo, el ahorro, la previsión y el control de lo propio; por origen y razón de ser, el contrato de las voluntades libres; y por objetivo, el auxilio mutuo en

la solidaridad de los asociados, así en la prosperidad como en la desgracia, así en la vida como en la muerte. Esto es el amor mutuo, principio de vida y fuente del bien de las sociedades sanas y moralmente bien constituidas.

El socorro mutuo, que es su fórmula y su fin, tiende á emancipar al hombre necesitado de la limosna que degrada, dignificándolo en el hecho de convertirlo en protector y protegido responsable por un acto consciente de previsión individual y colectiva.

Social y políticamente, el socorro mutuo es un correctivo del egoísmo individual, que se transforma por la solidaridad en altruismo, en amor del prójimo; un correctivo también del despotismo del Estado, que es otra forma del egoísmo, como muy bien se ha dicho.

Económicamente, el auxilio mutuo, es un intercambio libre de servicios útiles, que tiende á desarrollar las fuerzas productivas y conservadoras, que dan su nervio y su equilibrio á las fuerzas del trabajo.

Moralmente, la protección mutua perfecciona, disciplina y da consistencia á los sentimientos afectivos, dando á la caridad una conciencia y á la filantropía una constitución propia.

De aquí esa armonía que se nota en las instituciones democráticas y las asociaciones de previsión y auxilio mutuo, que responden á la vez que á un instinto del bien, al funcionamiento normal de los pueblos libres, prósperos y de conciencia equilibrada.

Los pueblos esclavos de la antigüedad, así como las sociedades que precedieron á la era moderna, carecieron de ese instinto previsor y solidario, que busca y encuentra la protección en la mutualidad: ellos sólo pedían el sustento gratuito á la distribución de él por las manos del amo, ó á la limosna que desparramaba ciegamente la caridad cristiana mal entendida y mal practicada, con los ojos vendados como el amor pagano.

Los pueblos modernos, civilizados, ricos y libres, sólo esperan y buscan por sí y en sí, el sustento, la salud y el remedio de sus males, emancipándose así por el mutua-

lismo, tanto del socialismo de Estado como del egoísmo individual, dando á la beneficencia su constitución social, que es anterior y superior á la constitución política, que sólo coordina el juego de los poderes públicos en la órbita limitada de sus movimientos funcionales, y al solo efecto del ejercicio de la autoridad necesaria.

Así se ve, que todo pueblo libre socialmente bien constituido, tiene dos presupuestos, uno oficial, político, de gobierno; otro popular, social, de asistencia recíproca y de previsión solidaria, de cambio de servicios, de contribuciones voluntarias, que importa más que el del Estado y se invierte en sus objetos con más eficacia y más economía.

En los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, el presupuesto de las sociedades de socorros mutuos—que se cuentan por millares, previendo los millares de casos del infortunio humano que piden amparo—representa más millones que el que suman los presupuestos públicos de esas ricas y poderosas naciones, que se ven así desembarazadas de servicios que recargan la administración, con perjuicio de los contribuyentes.

Siendo el dinero que distribuye el Estado en asistencia pública, el mismo que proporcionan los contribuyentes, es una ilusión infantil pensar que, por cambiar de mano, y renunciar á su inversión y control, él pueda multiplicar su acción eficiente por arte de magia, como los que creen que una máquina puede dar más fuerza que la que ha recibido.

Por eso, los estatutos de la asociación «La Argentina», teniendo un fin caritativo y útil, reposan sobre una base científica, en obediencia á las leyes de la selección que perfecciona la especie y ensancha el intelecto.

La asociación de socorros mutuos «La Argentina», recluta sus miembros entre los hombres sanos y fuertes en los límites de la edad viril. Por este medio, iguala las condiciones y las garantías de salud y productibilidad entre los asociados á los efectos del auxilio en el trabajo y en la enfermedad. Y aun dentro de esos mismos límites,

excluye las dolencias que tienen por origen el vicio, expulsando de su seno al miembro afectado por la corrupción. Por estos medios, coopera á la mejora de la raza y del perfeccionamiento del alma, poniendo en juego las dos acciones concurrentes del progreso antropológico: la virtud en el orden moral y la robustez en el orden físico, ó sea la observancia del precepto de alma sana en cuerpo sano, que previene la decadencia de las naciones.

Tiene también su credo político, que no excluye á nadie—es decir, á nadie que no niegue los principios liberales que son el patrimonio de la conciencia humana. En esto no hace sino obedecer á las mismas leyes de selección intelectual, buscando en las afinidades electivas que elevan las almas y confortan los espíritus, la fuerza moral que es el complemento de las fuerzas vitales de todo organismo en acción.

Y es un rasgo digno de notarse en esos estatutos, que aun sus mismas excepciones responden siempre á la misma regla fundamental. Los que llenando las condiciones morales para ser socios, no responden en el orden físico, á esas exigencias de igualdad ante el auxilio mutuo, renuncian á él voluntariamente, y contribuyen, sin embargo, á los fines de la asociación, á efecto de asegurar el sustento al jornalero inhabilitado, de proporcionar al enfermo laborioso médico y medicina, á su familia el pan cotidiano, y en caso de muerte acompañarlo dignamente á su última morada, amparando en su desvalimiento al huérfano y la viuda.

Tal asociación, que tiene estos propósitos, y realiza con tanta previsión y eficacia estos bienes sociales, bien merece ser propiciada por el ángel del hogar, por el genio benéfico de la sociedad, cuya alma sensible se estremece armoniosamente por la vibración de las alegrías y de los dolores de todos; que nos brinda su leche en las puertas de la vida, la miel en el curso de la existencia y el bálsamo consolador á las puertas de la muerte.

Me refiero á la mujer argentina, aquí dignamente representada, bajo cuyos auspicios queda colocada desde hoy la asociación de socorros que lleva, juntamente con su nom-

bre, su alma y los sentimientos afectivos que brotan del manantial inagotable de su bondad.

La antigüedad representó en un famoso bajo relieve, que el tiempo ha respetado, á una mujer joven coronada de espigas cereales, distribuyendo el trigo contenido en un pliegue de su túnica.

La mujer argentina es digna también de llevar sobre su frente la corona de Ceres, símbolo de la fecundidad y del pan de cada día que nutre á los fuertes y fortalece á los débiles.

«La Argentina» esculpirá algún día en los bajos relieves de su monumento conmemorativo, la imagen coronada de espigas de la que lleva en su seno con el don fecundo de la reproducción, el atributo supremo de la inmortalidad de nuestra raza sobre el haz de la tierra.

LXXXII

JUAN CARLOS GÓMEZ

Mayo 27 de 1884.

Señores:—El Dr. Juan Carlos Gómez fué un jornalero, que llenó su tarea en la vida, amasando el pan diario que nutre los espíritus fuertes.

El perteneció á una generación varonil, que en sus días juveniles dió carácter á su época, y se labró su propio destino luchando contra las tiranías con la espada de combatiente, con la pluma del publicista, con la lira del poeta, con la palabra de sus oradores, que convirtieron en fuerzas sus pasiones generosas y crearon un ideal moral que vive y que le sobrevivirá. Y todo esto se condensó en los tipos de plomo de sus imprentas, que silbaron como balas durante la lucha y conservan todavía su recuerdo.

Pertenecía á la raza valerosa de los diaristas, para quienes es la palabra escrita una arma en el campo de la discusión ó de la polémica, y que avanzan á vanguardia de las columnas de combate despertando el entusiasmo consciente en los que marchan al sacrificio en pro de una creencia.

Por eso su oración fúnebre debe ser hecha—como ha sido hecha ya—en el banco del trabajo á que vivió amarrado ese jornalero de la inteligencia; con los tipos de la prensa que sirvieron de vehículo á la irradiación de sus ideas luminosas; y por la múltiple voz del diarismo que dió repercusión á su palabra en vida, cuando lanzaba en alas del gran viento de la publicidad esas hojas fugaces, que sólo duran un día y cuyos estremecimientos se prolongan en el

tiempo: son como las olas del Océano agitado, que se suceden, cambian de forma y sólo duran un momento, pero que circulan constantemente en las corrientes de la vida impulsadas por fuerzas continuas como circulan las ideas perpetuas en el mundo moral.

Y por eso también su memoria debe ser honrada con los mismos instrumentos de que él se sirvió para trabajar por el bien, con las mismas armas á que él dió temple, con los mismos materiales á que él dió vida y movimiento con el soplo creador de la improvisación de cada día: debe ser honrado con el mismo plomo con que él inscribió su nombre en las columnas monumentales del diarismo.

Cuando murió Horacio Greeley, el gran diarista de Nueva York, que era á la vez en la prensa el tribuno de un gran partido, sus compatriotas tuvieron una de aquellas inspiraciones originales que sólo brotan en las mentes de los hombres libres cuando quieren honrar á sus benefactores con sus propios atributos; iniciaron el proyecto de erigirle una estatua de plomo, fundida con tipos de todas las imprentas de la Unión Americana, que condensase en forma humana, símbolo del pensamiento, la idea que se incorpora al más vil de los metales y lo hace valer más que el oro mismo.

Los bustos tallados en mármol ó fundidos en bronce, y aun en oro ó plata, pueden alcanzarlos todos, aun sin merecerlos; pero sólo se modelan en el plomo de Gutemberg, vehículo del pensamiento, las cabezas inspiradas de los que, como Franklin, dan su carácter á un pueblo; de los que, como Girardin, consagran la vida al servicio de las ideas; de los que, como Florencio Varela, mueren mártir de sus creencias con la pluma del publicista en la mano; de los que, como Juan Carlos Gómez, han merecido bien de dos pueblos hermanos, que le honraron y amaron en la vida y en la muerte.

El homenaje más digno que podría tributarse al Dr. Juan Carlos Gómez como diarista, sería que cada imprenta del Río de la Plata contribuyese con un puñado de tipos, para que arrojados en el crisol póstumo que todo lo puri-

fica, se modelase con ellos su simpática efigie, que la posteridad saludaría con respeto, en honor de la arcilla humana que encerró el fuego sagrado que anima el plomo y da calor á las almas.

¡Adiós, Juan Carlos! ¡Duerme en paz el sueño de los buenos, en brazos de dos pueblos hermanos, que te amaron en vida y te lloran y te llorarán por siempre en la muerte!

LXXXIII

LA LUCHA Y EL TRABAJO POLÍTICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MEETING
POPULAR CELEBRADO EN BUENOS AIRES EL 4 DE ABRIL
DE 1886, CON MOTIVO DE LA ELECCIÓN DE PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA

Abril 4 de 1886.

Señores:—Todo está dicho, y dicho con elocuencia y con verdad, en presencia de los hechos, severo comentario de las palabras, y que la historia recogerá para vergüenza de unos y para honor de otros.

Ahorremos palabras, que el tiempo es corto y la tarea larga, y démonos cuenta de lo que queremos, y de lo que debemos intentar y ejecutar con ánimo deliberado en los momentos solemnes que atravesamos.

Nos han tocado en lote tiempos difíciles: tiempos de lucha y de trabajo; menos gloriosos y menos trágicos que los que encierran las tres épocas señaladas de nuestra historia política; pero no menos duros en la acción sin tregua, no menos fecundos en el orden de las aspiraciones reparadoras que nos unen, y que nos congregan aquí, bajo las sanas inspiraciones del patriotismo.

Esto debe confortarnos y levantar los corazones, porque nos da la conciencia de que somos los continuadores del progreso común, que se elabora de generación en generación, manteniendo la solidaridad moral de los espíritus fuertes, sin perder los grandes rumbos y los grandes objetivos, que perseguimos con fe y con aliento, en medio de la confusión de los principios conculcados.